

## **PRIMERA CONFERENCIA**

### **LA CLINICA DE LO SOCIAL**

#### **(ANTECEDENTES)**

Por: Joel Otero Alvarez

CERO. Conviene señalar que la Clínica de lo Social, si bien no se incubó en Cartagena, si dio allí sus primeros pasos. Cuando se me invitó a participar en la Maestría de Pensamiento Educativo Moderno la Clínica de lo Social era en realidad un punto de llegada (al menos así figura a nivel de personales escritos como ““María” en la transferencia” y “Energía, Instinto, Pulsión y Realidad Social”). Más bien fruto del reconocimiento –no necesariamente explícito- de la incapacidad de los modelos tradicionales para dar cuenta de los fenómenos contemporáneos.

Al poner en relación -desde ese específico lugar- al Psicoanálisis con la Pedagogía –que era cuanto en la Maestría se me encomendaba- aparecieron opciones tan nuevas como la transdisciplinariedad.

Apareció la urgencia de Grecia Antigua para dar cuenta de lo más contemporáneo. Pero, sobre todo, apareció la incapacidad de lo disciplinar para responder por los fenómenos humanos más actuales y decisivos.

Veamos: lo disciplinar alude, en este caso, a la Psicología como tal; lo interdisciplinar a la relación de la disciplina psicológica con otras disciplinas (la Sociología, la Lingüística; en general con las Ciencias Sociales, las Ciencias Naturales, empezando por la Biología; etc.).

Pero ¿qué es la transdisciplinariedad?

Algunos piensan que se trata apenas de un modo de lo interdisciplinar. Pero la transdisciplinariedad admite y demanda un destino más osado, donde se remonte lo interdisciplinario.

Es, al menos, la posibilidad de atravesar lo disciplinar cuanto lo transdisciplinar expresa de un modo más decisivo. Se juega en esos atravesamientos.

Lo transdisciplinar no es la mera sumatoria de disciplinas; que es, en realidad, cuanto resulta siempre, a nivel de la implementación del recurso interdisciplinario, dígame lo que se diga: integraciones constantemente diluidas en la prelación de lo especializado, destino inocultable y progresivo de lo estrictamente disciplinar, nunca suficientemente cuestionado por el ejercicio de lo interdisciplinario.

En lo transdisciplinar se trata pues de romper con estas constantes de lo disciplinar; abordar un objeto con procedimientos no convencionales; imponerle a un método la urgencia de asumir objetos que resultan, inicialmente, ajenos; que, tradicionalmente, restan afuera. Y, sobretodo, se trata de reconocer, en y desde la realidad, la clave

decisiva para el abordaje de los asuntos.

Lo transdisciplinar está siempre abierto a los debates y a la problematización de cuestiones que se saben suficientemente hondas e inagotables. Por ello, lo transdisciplinar se niega a asumirse en términos de posesiones, de apropiamientos; y, ante todo, se niega al ejercicio de exclusiones; antes bien, apunta a la mayor cobertura, al máximo de inclusión de perspectivas plurales y diversas.

Se juega pues en el fluir de lo inagotable. No sólo no se apropia de territorios sino que no se afínca en evidencias. No se resigna a las renunciaciones que permiten el convencional ordenamiento. Asumiéndose del lado del devenir irreductible se instala en ese impedimento constitutivo.

¿Cómo no naufragar en esa apertura, aparentemente sin límites?.

El devenir se instala en un lugar donde la realidad le compite. O sea: de tanto como riñen realidad y devenir se trata, precisamente, de ello. Siempre más allá de las polaridades extremas e injuntables surgen espacios intermedios, matices posibles, claves tardías e imprevistas.

Pero, sobretodo, lo transdisciplinar se juega en la problematicidad constitutiva de los asuntos a abordar; renunciando siempre a toda evidencia.

\*\*\*\*\*

De otro lado: ¿por qué resulta tan decisiva Grecia?.

Para la Clínica de lo Social, Grecia es decisiva porque, sin nombrarla, la Clínica de lo Social nace allí. Allí, donde las tragedias se escenificaban, se dieron los primeros ejercicios catártico-colectivos para que Clínica y Arte coincidieran en feliz encuentro; antes, precisamente, de la emergencia decisiva del terror desmembrado desde entonces de toda piedad.

A partir de allí, comenzó a incubarse el terrorismo; el cual, visto de este modo, es mero discurso del terror, no sólo ajeno a toda piedad –sino y sobretodo- a toda redención artística sublimatoria mínimamente equivalente.

UNO. Debe decirse, además, para no ir a crear falsas expectativas, que –no sólo en sus inicios- la Clínica de lo Social carece de un cuerpo que le dé la certeza de un lugar incuestionable y definido.

Más bien se trató, se ha dicho, del reconocimiento de una conclusión; del agotamiento de un modelo tradicional de funcionamiento psicológico y clínico.

En la actualidad, es un esfuerzo de aplicación que, en la Universidad de San Buenaventura de Cali, se adelanta con miras a la formación de un nuevo psicólogo.

Aquello que demandaba un esfuerzo inmenso de consolidación teórica, derivó hacia un apuntalamiento progresivo, desde el empeño pedagógico anotado. Se trató de avanzar

desde ese punto de partida aspirando sí a crear, progresivamente, las condiciones de un despliegue de conjunto.

Por todo ello, la Clínica de lo Social es, hoy por hoy y en primer lugar, un esfuerzo de pensar a fondo la Psicología a partir de la formación de un nuevo psicólogo.

En ese recorrido -hoy ya, de un poco más de dos años- la Clínica de lo Social ofrece la doble característica de una progresiva insuficiencia en lo teórico, al lado de una creciente contundencia en su razón de ser, en tanto alternativa de formación universitaria.

Es claro pues que su característica de matriz genésica le impone una condición de imprecisión e indefinición que resultan ser, al menos en la actualidad, definitivas.

Ello no significa que todo esté permitido allí; por supuesto que no. En realidad, es esta una ocasión para revisar el recorrido y ensayar a reequilibrar, en lo posible, los asuntos que van dando paso a un creciente déficit teórico, condición indispensable para nuevos replanteamientos.

DOS. Digamos que desde el primer semestre el estudiante de Psicología con énfasis en Clínica de lo Social aparece localizado en dos lugares extremos.

En el primer lugar se le pide que vaya a la Ciudad y observe.

En el segundo se le indaga por su noción de Psicología.

Ese primer lugar es el punto de partida desde donde se empezaría a implementar la Clínica de lo Social. Es, en referencia con ese lugar, que empieza el candidato a psicólogo, a autodefinirse.

En realidad, las cosas no son ni tan simples ni tan determinadas. La Ciudad es a la Clínica de lo Social, podría empezar por decirse, lo que el Laboratorio significa para la Psicología.

Sólo que la Ciudad no es, sin más esta ciudad concreta; o sea, cualquier ciudad. Ni, tampoco, se trata del lugar donde el estudiante se localiza, más o menos arbitrariamente y sin mayor fundamento.

Resulta imprescindible definir un modelo donde lo escritural y lo investigativo vayan progresando del lado de unas temáticas debidamente sustentadas, en lo teórico.

En realidad, la Ciudad sólo resulta decisiva y suficientemente discriminativa para el psicólogo en tanto porta y hace resaltar la condición de lo urbano. Es lo urbano, en efecto, lo que interesa al psicólogo clínico de lo social; y en lo urbano, sus modos, donde se alojan todas las resultantes ciudadanas.

Los individuos son resultantes urbanas, modos de lo urbano. Pero, además, todo lo social en tanto encarna en resultantes urbanas, interesa a esta perspectiva clínica.

Sin embargo, la Clínica de lo Social no se agota ahí; en su otra punta se preocupa por

dar cuenta de lo singular. Porque la Clínica de lo Social es Psicología pendiente; Psicología que se quiere en el reconocimiento, según el cual, siendo la Ciencia necesaria no resulta suficiente; y es cuanto aporta la condición de la Sensibilización Estética que le permite resolverse, más allá de la disyuntiva de lo meramente individual; en la apropiación de esto que hace un momento ha sido apelado aquí, lo más singular.

En el segundo lugar donde se instala el estudiante de Psicología en el Plan de Estudios con énfasis en Clínica de lo Social, se le reta a reconocer un saber previo sin el cual no hubiera, de seguro, sobrevivido: el saber nocional. Y, a partir de ahí, apuntará a acceder al concepto.

En ese recorrido, el estudiante empezará a reconocer la condición transdisciplinar que decidió siempre el estudio de lo psíquico.

Pues bien: lo transdisciplinar –ya ha sido resaltado- no es lo meramente interdisciplinar. No es un modo suyo. Lo transdisciplinar comporta una condición mutante, una clave metamórfica indispensable para su consolidación. Lo transdisciplinar cruza los métodos de unas disciplinas para mirar, de un modo radicalmente diverso, los tradicionales objetos de otras disciplinas.

La Psicología –obsérvese ahora- fue primero Filosofía (del Alma), Física (del movimiento), Biología (de la Sensación) y hasta Teología (en la integración, a menudo contaminada, entre alma-Dios), antes de pensarse como una disciplina científica autónoma.

O sea que fue primero transdisciplinar que disciplinar. No por nada, la Clínica de lo Social, como su sólo nombre lo indica, en su recaptura de la Psicología como tal (perdida en la tendencia envolvente de la especialización), aspira a ser de nuevo Psicología transdisciplinar.

Pues bien: entre esos polos, se lanza la pregunta por el objeto de la Psicología.

Entiéndase: el objeto inaugural de la Psicología; o sea, el alma. El alma en su acepción griega; allí donde, por primera vez, se dio “Tratado de Psicología”.

Ya Platón lo anunciaba: la clave reclusiva que es el cuerpo para el alma en Grecia, dará paso a muchos siglos de congelamiento en preguntas, insolubles y reiterativas, sobre ésta.

TRES. En la actualidad este experimento ha consolidado un recorrido parcial por el denominado Ciclo Básico (dos de tres años). La localización de la Psicología en relación con la Filosofía y las Ciencias Sociales ha ocupado el esfuerzo más teórico; mientras, de otra parte, se trata de apuntalar una producción investigativa que se aproxime progresivamente a un nuevo modelo de escritura, acorde con los requerimientos de la Clínica de lo Social.

Concretamente se ha arribado a un quinto semestre, donde se asuma:

El decidido desmonte de un modelo educativo convencional. Esta opción parte del cuestionamiento del lugar tradicional del profesor, en tanto se le reconoce entre dos

escrituras -la escritura de quienes aportaron a la disciplina (los grandes maestros en primera instancia) y la escritura forzada que el profesor impone a los estudiantes-; exceso escritural que le impide al profesor asumir una producción escritural propia, sostenida; y el lugar pasivo del estudiante, ajeno -por ello, a su vez- de la disciplina escritural e investigativa, como no sea forzosa).

Luego de unos primeros ensayos, salpicados a cada paso por resistencias vigorosas, de parte y parte, se avanza en esta difícil pero promisoría tarea. El progreso hacia un modelo de integración donde el semestre se reconozca como una unidad asumida por el colectivo profesoral encargado de la implementación de cursos y talleres. Para que la integración se garantice se propone, en el quinto semestre, reactivarle a partir del abordaje colectivo de un concepto (la interioridad) en un autor (Sören Kierkegaard) y un escrito suyo (“El Amor y la Religión”).

Esas condiciones de integración deberán asumirse, a su vez, en la implementación de los semestres anteriores donde existen claves unificantes similares. Así se consolida la integración intersemestres que cuenta con el beneficio de darle a esas unidades pedagógicas la opción de reactualizaciones y de reordenamientos, cada vez más, apuntando a la coherencia de la tarea de conjunto.

Cada semestre, en efecto, participa de una lectura común y un tema integrador: en el primero, por ejemplo, se trabaja el Objeto de la Psicología a partir de un artículo de Canguilhem (“¿Qué es la Psicología?”); en segundo, el tema es el Sujeto y el texto un escrito de Kant apelado “Principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza”; en tercero, el asunto es el Cuerpo y el escrito, “El tratado del Alma” de Aristóteles; y, en cuarto, la “Antígona” de Sófocles, siendo el tema, el Lenguaje; para el sexto semestre se tiene como texto “El nacimiento de la inteligencia” de Piaget. El tema, entonces, ha de ser el Desarrollo.

Si se diera siempre investigación y escritura, como se ha querido conseguir de entrada, pues se tendría garantizado el progreso indetenible de la Clínica de lo Social. Lo cierto es que resulta aún incipiente el aporte del colectivo en este sentido.

Sin embargo, en relación con estas temáticas conviene, de un modo u otro, hacer crecer la producción teórica. Es por ello que quisiéramos aquí avanzar en relación con algunas temáticas presentes en este recorrido.

CUATRO. Resumiendo: la Clínica de lo Social en el momento actual se podría decir que, simultáneamente, se interesa por, al menos, tres asuntos fundamentales.

A. Una primera cuestión es dar paso -desde que se hace hincapié en lo social- a una reflexión sobre la Ciudad, en consonancia con el criterio de dar a la Psicología un lugar en el nivel de las Ciencias Sociales. Desde este punto de vista, la Clínica de lo Social es una Psicología de la Ciudad.

¿Dónde encuentra, para esta óptica, su especificidad?. Digamos que la reflexión sobre la Ciudad, para que sea verdadero abordaje desde lo psicológico, tendrá que ser teorización y aplicación sobre y a partir de lo urbano.

Entendiendo por lo urbano la atmósfera que da especificidad a los fenómenos y a las

emergencias ciudadanas. Lo urbano, guardadas proporciones es –si es posible decirlo así– “el alma” de la Ciudad; eso intangible que, sin embargo, define y decide las resultantes, los modos de lo urbano.

B. En tanto se resalta la mirada clínica la Clínica de lo Social tiene por objeto el terrorismo.

Sólo que se deberá reconocer que el terrorismo, visto así, es mucho más que el terrorismo vulgar al cual todos estamos acostumbrados, desgraciadamente.

El terrorismo es la cobertura –la nata envolvente– que decide el enlace social en el modelo de lo humano contemporáneo, desde que la condición reclusiva que rige allí, impide una real salida, una opción a futuro.

Pensar el malestar desde esta óptica impone una revisión de fondo a la gnosología de las enfermedades mentales en las que las clínicas tradicionales llegan con demasiada rapidez a convencionales acuerdos.

De hecho, asumir lo individual como modos de lo urbano impone ya una alteración significativa del mapa de lo patógeno y de la concepción de “estructuras” y “fantasmáticas”. Y, por supuesto, de los procedimientos a seguir.

C. Finalmente, la Clínica de lo Social, desde que asume en todas sus consecuencias la fórmula según la cual la Ciencia es necesaria pero no suficiente y se reconoce resultante de la sumatoria de la Sensibilización Estética y la Psicología, es una reflexión sobre lo singular.

En este sentido su labor ha de consistir en rastrear en la obra de pintores, literatos, filósofos, hombres del teatro y del cine, escultores y músicos, esta clave de singularidad donde debería desembocar toda real Psicología.

La Clínica de lo Social, en este sentido, es una crítica radical de todas las ofertas de la Psicología tradicional.

La Psicología, ha estado, desde siempre, empantanada en un esfuerzo universalizante que no ha hecho más que confundirse en la localización de objetos sintomáticos que invalidan su verdadera tarea.

Desde el alma, hasta la conducta; o bien, el aparato psíquico, o el individuo, o la persona, o el sujeto; en fin, todas estas opciones conceptuales, todos estos puntos de partida, asumidos como evidencias, son el soporte desde donde partieron siempre las reflexiones psicológicas.

Esas referencias supuestamente indiscutibles, resultan meras abstracciones, generalizaciones desde donde se deja escapar la condición de lo más peculiar.

Precisamente, por ello, se evade esto que aquí se ha dado en reconocer como lo estrictamente singular, verdadero objeto del cual debe y debió tratar siempre toda Psicología que se precie, que se preciara de tal.